


HERMANAS DE HIELO

S. K. TREMAYNE

PRIMER CAPÍTULO

 Colmena Ediciones

Nuestras sillas están situadas a dos metros exactos de distancia. Ambas delante de un enorme escritorio, como si fuéramos un matrimonio en terapia de pareja; una sensación que conozco demasiado bien. Dominan la habitación un par de altas ventanas de guillotina del siglo dieciocho, sin cortinas: retratos gemelos del oscuro y agonizante cielo londinense.

—¿Podríamos encender alguna luz? —pregunta mi marido, y el joven abogado, Andrew Walker, desvía la vista de sus documentos con cierto aire de irritación.

—Por supuesto —dice—. Lo siento.

Extiende la mano hacia un interruptor que hay a su espalda y dos altas lámparas de pie inundan la habitación con una generosa luz amarilla. Las impresionantes ventanas hacen un fundido en negro.

Ahora puedo ver mi reflejo en el cristal: tranquila, pasiva, con las rodillas juntas. ¿Quién es esa mujer?

Apenas me recuerda a quien yo solía ser.

Sus ojos son tan azules como siempre, aunque más tristes. Su rostro es ligeramente ovalado y está pálido, y más delgado que antes. Sigue siendo rubia y pasablemente atractiva... pero también está ajada, y menguada. Es una mujer de treinta y tres años cuya niñez desapareció hace mucho.

¿Y su ropa?

Vaqueros que estuvieron de moda el año pasado. Botas que estuvieron de moda el año pasado. Un jersey de cachemira violeta, bastante bonito pero viejo, con esas bolitas que salen después de demasiados lavados. Hago una mueca al yo de mi reflejo. Debería haberme puesto más elegante. Pero ¿por qué debería haberme puesto más elegante? Solo hemos venido para ver al abogado. Y para cambiar nuestras vidas por completo.

El murmullo del tráfico es como la profunda aunque turbada respiración de una pareja que sueña. Me pregunto si echaré de menos el tráfico de Londres, su constante y consolador ruido blanco; como una de esas aplicaciones para el móvil que te ayudan a dormir imitando el incesante zumbido de la sangre en el útero, los latidos del corazón de la madre palpitando a lo lejos.

Mis gemelas debieron de oír ese ruido cuando estaban frotándose las naricitas en mi interior. Recuerdo haberlas visto en la segunda ecografía. Parecían dos símbolos heráldicos en un escudo de armas, idénticas y opuestas. El unicornio y el unicornio.

Testador. Albacea. Legítima. Sucesiones...

Andrew Walker se dirige a nosotros como si estuviéramos en un aula y él fuera un profesor ligeramente decepcionado con sus estudiantes.

Legado. Difunto. Heredero. Hijo superviviente.

Mi marido, Angus, suspira con disimulada impaciencia. Conozco ese suspiro. Está aburrido, probablemente

molesto. Y lo comprendo, pero también entiendo al abogado. Esto no puede ser fácil para Walker: liquidar una herencia problemática con un padre enfadado y beligerante y una madre todavía afligida. Debe de ser difícil tratar con nosotros. Es posible que su cuidadosa, lenta y precisa enunciación sea su modo de distanciarse, de manejar el material difícil. Quizá sea el equivalente legal a la terminología médica. *Hematomas duodenales y avulsiones de las membranas serosas que han producido una peritonitis infantil fatal.*

Una penetrante voz llega hasta mí.

—Ya hemos pasado por todo esto.

¿Angus ha bebido? Su tono raya la furia. Se ha mostrado enfadado desde que ocurrió, y también ha estado bebiendo mucho. Pero hoy parece bastante lúcido y está, supuestamente, sobrio.

—Nos gustaría terminar esto antes de que los efectos del cambio climático sean bestiales, ¿sabe?

—Señor Moorcroft, como ya he dicho, Peter Kenwood está de vacaciones. Podemos esperar a que regrese si lo prefiere.

Angus niega con la cabeza.

—No. Queremos terminar con esto ya.

—Entonces tengo que volver a repasar los documentos y dirimir las cuestiones pertinentes... de forma concluyente. Además, Peter cree... Bueno...

Observo. El abogado vacila y pronuncia sus siguientes palabras con mayor tensión y cuidado todavía:

—Como sabe, señor Moorcroft, Peter se considera un viejo amigo de la familia, no solo un consejero legal. Está al tanto de las circunstancias. Conocía muy bien a la difunta señora Carnan, su abuela. Por tanto, me pidió que me asegurara una vez más de que ambos son conscientes de dónde se están metiendo.

—Sabemos lo que hacemos.

—La isla es, como ya sabe, prácticamente inhabitable. —Andrew Walker se encoge de hombros, incómodo, como si este deterioro fuera de algún modo culpa de su bufete y pretendiera evitar un posible litigio—. Me temo que la casa del faro ha estado abandonada a los elementos; hace años que nadie vive en ella. Pero forma parte del patrimonio, así que no es posible demolerla por completo y empezar de nuevo.

—Sí. Ya lo sé. Cuando era niño iba allí a menudo. Jugaba en los charcos entre las rocas.

—Pero ¿es totalmente consciente del desafío que supondrá, señor Moorcroft? Es una empresa arriesgada. Es difícil acceder a la casa debido a la marisma que crea la marea y, por supuesto, la fontanería, calefacción y sistema eléctrico en general cuentan con problemas importantes... Además, en la herencia no figura ningún dinero, nada que...

—Estamos al tanto de todo.

Una pausa. Walker me mira antes de volver a dirigirse a Angus.

—Supongo que venderán la casa de Londres.

Angus le devuelve la mirada. Levanta la barbilla, desafiante.

—¿Disculpe? ¿Qué tiene eso que ver?

El abogado niega con la cabeza.

—Peter está preocupado. Porque... Ah... Teniendo en cuenta su trágica y reciente pérdida... Quiere estar totalmente seguro.

Angus me mira. Me encojo de hombros, insegura. Él se inclina hacia delante.

—Vale, de acuerdo. Sí, vamos a vender la casa de Camden.

—Y gracias a esta venta obtendrán fondos suficientes para llevar a cabo las reformas en Ell... —Andrew Walker mira con el ceño fruncido las palabras que está leyendo—. Soy incapaz de pronunciarlo. ¿Ell...?

—Eilean Torran. Es gaélico escocés. Significa «Isla del Trueno». Isla de Torran.

—Sí, por supuesto. Isla de Torran. Así que esperan obtener capital suficiente con la venta de su actual casa para emprender la renovación de la casa del faro de Torran.

Siento que debo decir algo. Seguramente debería decir algo; Angus está ocupándose de todo. Sin embargo, mi silencio es consolador, como un capullo. El silencio me envuelve, como siempre. Esto es lo mío. Siempre he sido callada, reservada, y eso lleva años exasperando a Angus. *¿Qué estás pensando? Cuéntamelo. ¿Por qué siempre hablo yo?* Y, cuando me dice eso, normalmente me encojo de hombros y le doy la espalda; porque, a veces, no decir nada lo dice todo.

Y aquí estoy, otra vez en silencio. Escuchando a mi marido.

—Ya hemos hipotecado dos veces la casa de Camden. He perdido mi trabajo, estamos en las últimas. Pero, sí, esperamos conseguir algunas libras.

—¿Tenéis comprador?

—Tenemos una cola de compradores que se mueren por extendernos un cheque. —Es evidente que Angus está reprimiendo su ira, pero continúa—: Mire, mi abuela, en su testamento, nos dejó la isla a mi hermano y a mí. ¿Verdad?

—Por supuesto.

—Y mi hermano, muy generosamente, dice que no la quiere, ¿vale? Mi madre está en una residencia, ¿no? La isla, por tanto, nos pertenece a mi esposa, a mi hija y a mí. ¿Estamos?

Hija. En singular.

—Correcto...

—De acuerdo, pues no hay más que hablar. Queremos mudarnos. Estamos decididos, en serio. Sí, la casa está hecha una pena. Sí, se está cayendo a pedazos. Pero saldremos adelante. Después de todo —termina, y se echa hacia atrás en la silla—, hemos pasado por cosas peores.

Miro, bastante fijamente, a mi marido.

Si lo conociera ahora por primera vez, todavía me parecería muy atractivo. Un tipo alto y listo de treinta y tantos años con una bonita barba de tres días. Ojos oscuros, masculino, competente.

Cuando nos conocimos, Angus llevaba una barba cortita y me gustó; me gustó el modo en el que acentuaba su mandíbula. Estaba sentado en aquel enorme y ruidoso bar de tapas de Covent Garden y se trataba de uno de los pocos hombres a los que había conocido que era realmente guapo.

Estaba sentado en una mesa grande, divirtiéndose con un puñado de amigos; todos eran veinteañeros. Mis amigas y yo ocupábamos la mesa contigua. Éramos ligeramente más jóvenes, pero estábamos igual de animadas. Todos habíamos bebido mucho Rioja.

Y eso fue lo que pasó. Uno de los chicos bromeó con nosotras y alguien le replicó burlescamente. Y entonces unimos las mesas; nos cambiamos de silla, nos desplazamos y nos apretujamos, riendo y bromeando e intercambiando nombres: esta es Zoe, este es Sacha, este es Alex, Imogen, Meredith...

Y este es Angus Moorcroft, y esta es Sarah Milverton. Él es de Escocia y tiene veintiséis años. Ella es medio inglesa, medio americana, y tiene veintitrés. Ahora pasad el resto de vuestras vidas juntos.

El sonido del tráfico de hora punta me saca de mi ensueño. Andrew Walker está haciendo que Angus firme algunos documentos más. Y, oh, sé cómo funciona esto: hemos firmado muchos documentos este último año. El papaleo que acompaña a las catástrofes.

Angus está encorvado sobre el escritorio, garabateando su nombre. Su mano parece demasiado grande para la pluma. Aparto la mirada y observo una fotografía del Viejo Puente de Londres en la pared pintada de amarillo. Quiero recordar algunas cosas más, y desvío mi atención. Quiero pensar en Angus y en mí durante aquella primera noche.

Lo recuerdo todo con viveza. Desde la música (salsa mexicana) a las mediocres tapas: *patatas bravas* de un rojo chillón, espárragos blancos en conserva. Recuerdo que todos empezaron a irse (tengo que pillar el último metro, tengo que dormir un poco) como si notaran que nosotros dos habíamos conectado, que aquello era algo mucho más importante que el típico ligue de viernes noche.

Qué fácil fue. ¿Cómo sería mi vida ahora si nos hubiéramos sentado en una mesa distinta, en un bar diferente? Pero aquella noche elegimos aquel bar, y aquella mesa, y a medianoche estaba sentada sola con aquel tipo alto: Angus Moorcroft. Me dijo que era arquitecto. Me dijo que era escocés, y que estaba soltero. Y entonces me contó un chiste muy bueno... que no me di cuenta de que era un chiste hasta un minuto después. Y, mientras me reía, descubrí que estaba mirándome, fijamente, inquisitivamente.

Así que le devolví la mirada. Sus ojos eran de un oscuro y solemne castaño; su cabello era ondulado, grueso y muy negro; y sus dientes, entre sus labios rojos y su oscura barba, eran blancos y cuidados. En ese momento supe la respuesta: Sí.

Dos horas después nos robamos nuestro primer y ebrio beso bajo la favorable luna en una esquina de la plaza de Covent Garden. Recuerdo el brillo de los adoquines mojados por la lluvia mientras nos abrazábamos, la fría dulzura del aire nocturno. Nos acostamos aquella misma noche.

Casi un año después de eso nos casamos. Tras apenas dos años de matrimonio, tuvimos a las niñas: gemelas idénticas. Y ahora solo queda una.

El dolor crece en mi interior y tengo que llevarme un puño a la boca para evitar estremecerme. ¿Cuándo terminará? Quizá nunca. Es como una herida de guerra, como metralla dentro de la carne que intenta salir a la superficie años después.

Así que quizá tenga que hablar, para aquietar el dolor, para acallar mis pensamientos. Llevo aquí sentada una hora y media, tan dócil y callada como una ama de casa puritana. Demasiado a menudo dejo que Angus se ocupe de hablar, de proporcionar lo que yo no tengo. Pero ya basta de silencio, por ahora.

—Después de la reforma, la isla podría valer un millón. Ambos hombres me miran de repente. ¡Sabe hablar!

—Solo el paisaje ya vale un millón —continúo—. Tiene vistas al estrecho de Sleat. A Knoydart.

Pongo mucho cuidado en pronunciarlo correctamente: Sleat tiene que rimar con *estéis*. He investigado; he investigado mucho, buscando imágenes e historias en Google.

Andrew sonríe educadamente.

—Y... Esto... ¿Usted ha estado allí, señora Moorcroft? Me sonrojo, pero no me importa.

—No. Pero he visto las fotos, he leído libros... Esa es una de las panorámicas más famosas de Escocia, y disfrutaremos de ella desde nuestra propia isla.

—Es cierto, sí. Sin embargo...

—Había una casa en Ornsay, en tierra firme, a un kilómetro de Torran... —Miro la nota que tengo almacenada en mi teléfono, aunque recuerdo los datos bastante bien—. El quince de enero de este mismo año se vendió por *setecientas cincuenta mil libras*. Una casa de cuatro dormitorios, con un bonito jardín y un pequeño porche. Todo muy bonito, pero no exactamente una mansión. Sin embargo, tiene una vista espectacular del estrecho... y eso es lo que la gente paga. Setecientas cincuenta mil libras.

Angus me mira y asiente para darme ánimos. Luego se une a la conversación.

—Sí. Y después de la reforma tendríamos cinco dormitorios. La propiedad es bastante grande, media hectárea... Podría valer un millón. Fácilmente.

—Bueno, sí, señor Moorcroft. Ahora apenas vale cincuenta mil libras, pero tiene potencial.

El abogado está sonriendo de un modo muy falso. Siento curiosidad por saber por qué se muestra tan descaradamente reacio a que nos mudemos a Torran. ¿Qué sabe? ¿Cuál es la verdadera implicación de Peter Kenwood en todo esto? ¿Es posible que hubieran planeado hacernos una oferta por la casa? Eso tendría sentido: Kenwood conoce Torran desde hace años, conocía a la abuela de Angus, podría estar *al tanto* de su valor potencial.

¿Era eso lo que tenían planeado? Habría sido tentadoramente sencillo: esperar a que la abuela de Angus muriera y después abalanzarse sobre los nietos, especialmente sobre la afligida y desorientada pareja que sigue conmocionada tras la muerte de su hija y que sufre graves problemas financieros. Se mostrarían generosos y compasivos y nos ofrecerían cien mil, el doble de lo que necesitamos, con una sonrisa afectuosa y triste. *Debe de*

ser difícil, pero podemos ayudarlos a quitaros esta carga de encima. Firmad en la línea...

Después de eso, la operación sería pan comido. Enviarían a un montón de albañiles polacos a Skye, invertirían doscientas mil libras y esperarían un año hasta que el trabajo estuviera terminado.

Esta hermosa propiedad, ubicada en su propia isla privada en el célebre estrecho de Sleat, está a la venta por un millón doscientas cincuenta mil, precio a convenir...

¿Era ese su plan? Andrew Walker me está mirando y siento una punzada de culpabilidad. Es probable que esté siendo terriblemente injusta con Kenwood&Partners. Pero no me importa cuál sea su motivación: no voy a renunciar a esta isla. Es mi vía de escape, una huida del dolor y los recuerdos... y de las deudas y las dudas.

He soñado mucho con ello. He mirado las luminosas fotografías en la pantalla de mi portátil, a las tres de la mañana, en la cocina, mientras Kirstie duerme en su habitación y Angus está en la cama, atontado por el whisky. He admirado la belleza de cristal de Eilean Torran, en el estrecho de Sleat. Me he perdido en el encanto de las Hébridas Interiores, de esta hermosa casa en su propia isla.

—De acuerdo entonces. Solo necesito un par de firmas más —dice Andrew Walker.

—¿Y habremos terminado?

Una pausa significativa.

—Sí.

Quince minutos después, Angus y yo salimos del despacho pintado de amarillo, bajamos hasta el vestíbulo pintado de rojo y salimos a la humedad de un atardecer de octubre. En Bedford Square, Bloomsbury.

Angus lleva las escrituras en su mochila. Hemos terminado; se ha acabado. El mundo está empezando a cambiar, y mi estado de ánimo mejora proporcionalmente.

Grandes autobuses rojos bajan por Gower Street, dos plantas de rostros inexpresivos que miran por las ventanillas.

Angus me pone una mano en el brazo.

—Bien hecho.

—¿El qué?

—Esa intervención. Justo a tiempo. Creía que iba a terminar dándole un puñetazo.

—También yo. —Nos miramos. Con complicidad y tristeza—. Pero lo hemos conseguido, ¿no?

Angus sonrío.

—Lo hemos conseguido, cariño; no hay duda de que lo hemos conseguido. —Se sube el cuello del abrigo para protegerse de la lluvia—. Pero, Sarah... Tengo que preguntártelo, solo una vez más: ¿estás totalmente segura?

Hago una mueca y él continúa apresuradamente:

—Lo sé, lo sé. Sí. Pero ¿todavía te parece una buena idea? ¿De verdad quieres...? —Señala la hilera de luces amarillas de los taxis de Londres, resplandecientes bajo la llovizna—. ¿De verdad quieres dejar todo esto, renunciar a todo esto? Skye es muy tranquilo.

—Cuando un hombre está cansado de Londres —le digo—, está cansado de la lluvia¹.

Angus se ríe. Y se acerca un poco más. Sus ojos castaños buscan los míos, quizá sus labios estén buscando mi boca. Acaricio suavemente un lado de su mandíbula, beso la barba de su mejilla y aspiro su olor... No huele a whisky. Huele a Angus. A jabón y masculinidad. Limpio y

1 «Cuando un hombre está cansado de Londres, está cansado de la vida». Referencia a las palabras de Samuel Johnson, escritor inglés del siglo XVIII.

competente, el hombre al que amaba. Al que amo. Al que siempre amaré.

Quizá tengamos sexo esta noche, por primera vez en demasiadas semanas. Quizá estamos superándolo. ¿Es posible superar *esto*?

Caminamos de la mano por la calle. Angus me la aprieta con fuerza. Este último año me ha cogido mucho la mano: me cogió la mano mientras lloraba en la cama, incesantemente y sin hablar, noche tras noche; me cogió la mano desde el principio hasta el final del horrible funeral de Lydia, desde el *Yo soy la resurrección y la vida* hasta el *Sea con todos nosotros por siempre*.

Amén.

—¿Metro o autobús?

—Metro —respondo—. Rápido. Quiero contarle a Kirstie la buena noticia.

—Espero que se lo parezca.

Lo miró. No.

No puedo empezar a abrigar dudas. Si me detengo y reflexiono, las dudas se dispararán y nos quedaremos atrapados para siempre.

Mis palabras salen en una avalancha:

—Seguro que sí, Angus, tiene que parecerse. Tendremos nuestro propio faro, todo ese aire puro, ciervos rojos, delfines...

—Sí, pero recuerda que las fotografías que has visto son casi todas del verano. Bajo el sol. No siempre es así. Los inviernos son oscuros.

—Así que en invierno tendremos que... ¿Cuál es la palabra? Tendremos que atrincherarnos y defendernos. Será una aventura.

Casi hemos llegado al metro. Un negro y repentino aluvión de pasajeros desaparece escaleras abajo: un torrente

tragado por el metro de Londres. Me giro un instante y miró la neblina de New Oxford Street. La bruma otoñal de Bloomsbury es una especie de fantasma (o de recuerdo visible) de las ciénagas medievales de Bloomsbury. Lo he leído en alguna parte.

Leo un montón.

—Vamos.

Esta vez soy yo quien coge la mano de Angus y descendemos al metro con los dedos entrelazados. Soportamos tres paradas entre la multitud de hora punta, apiñados, antes de apretarnos en uno de los traqueteantes ascensores de Mornington Crescent. Cuando llegamos a la superficie, estamos prácticamente corriendo.

—Oye —dice Angus, riéndose—. ¿Se trata de alguna prueba olímpica?

—¡Quiero contárselo a nuestra hija!

Y es cierto, quiero hacerlo. Quiero dar a mi única hija viva una buena noticia, una noticia agradable, para variar, algo alegre y esperanzador. Hoy hace catorce meses de la muerte de su hermana Lydia (odio ser capaz de calcular la fecha con tanta exactitud, con tal facilidad) y eso significa que ha soportado más de un año de un tormento que yo soy incapaz de concebir: ha perdido a su gemela, a su hermana del alma. Durante catorce meses, se ha mantenido encerrada en un aislamiento abisal. Pero ahora puedo liberarla.

Aire puro, montañas, lagos. Y vistas de Knoydart al otro lado del agua.

Corro hacia la puerta de la enorme casa blanca que jamás deberíamos haber comprado, la casa en la que ya no podemos permitirnos vivir.

Imogen está en la puerta. La casa huele a comida infantil, a ropa recién lavada y a café; es alegre. Voy a echarlo de menos. Quizá.

—Immy, gracias por cuidar de ella.

—Oh, por favor. Venga, cuéntamelo. ¿Ha ido todo bien?

—Sí, lo hemos conseguido. ¡Nos mudamos!

Imogen da una palmada de alegría; mi inteligente, morena y elegante amiga, a la que conozco desde el instituto, se acerca y me abraza, pero yo la aparto sonriendo.

—Tengo que contárselo, no sabe nada.

Imogen sonrío.

—Está en su habitación, con Greg².

—¿Disculpa?

—¡Leyendo ese libro!

Atravieso el pasillo, subo las escaleras y me detengo ante la puerta que dice *Kirstie vive aquí* y *Llama antes de entrar* en letras torpemente recortadas en papel de purpurina. Llamo, como pide.

Entonces escucho un tenue *mmm-mmm*. La versión de mi hija de «Entra».

Abro la puerta y allí está mi hija de siete años, sentada en el suelo con las piernas cruzadas en su uniforme escolar (pantalón negro, polo blanco), con su pequeña y pecosa nariz cerca de un libro: una imagen de inocencia pero también de soledad. El amor y la tristeza palpitan en mi interior. Quiero hacer todo lo posible por mejorar su vida, por que vuelva a estar completa.

—Kirstie...

No responde, sigue leyendo. A veces hace esto. Como si fuera un juego, *mmmNO voy a hablar*. Este último año es cada vez más frecuente.

—Kirstie. Mumin³. Kirstizul.

2 De *Diario de Greg*, serie de libros infantiles de Jeff Kinney.

3 Los Muminos son los protagonistas de una popular saga de cuentos de Tove Jansson.

Entonces levanta la mirada, con esos ojos azules que heredó de mí, pero más azules. Azul de las Hébridas. Su cabello rubio es casi blanco.

—Mamá...

—Tengo noticias, Kirstie. Buenas noticias. Noticias maravillosas.

Me siento en el suelo a su lado, rodeada de pequeños juguetes (sus pingüinos, y Leo el leopardo mimoso, y la Muñeca Con Un Solo Brazo), y se lo cuento todo. En estampida. Que vamos a mudarnos a un sitio especial, a un sitio nuevo, a un sitio donde podremos empezar de cero, un sitio bonito y original y genial: nuestra propia isla.

Kirstie me mira mientras hablo. Sus ojos apenas parpadean mientras asimila mis palabras. No dice nada, pasiva, como si estuviera en trance, como si me devolviera mis propios silencios. Asiente y sonrío a medias. Desconcertada, quizá. La habitación se queda en silencio. Me he quedado sin palabras.

—¿Qué te parece? —le pregunto—. Lo de mudarnos a nuestra propia isla. ¿No es emocionante?

Kirstie asiente lentamente. Mira su libro y lo cierra, y después vuelve a mirarme y me dice:

—Mami, ¿por qué sigues llamándome Kirstie?

No respondo. El silencio es estridente.

—Perdona, cielo. ¿Qué dices?

—¿Por qué sigues llamándome Kirstie, mami? Kirstie está muerta. Fue *Kirstie* quien murió. Yo soy Lydia.